

Dib. GARRIDO.—Madrid.

OTRO GOLPECITO AL MAH-JONGG

- ¿Vosotros no os jugáis los cuartos al «mayon»?
—¡Pero, hombre, si esa es la salsa de este juego!
—¡Ah, sí! La salsa «mayonesa».

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

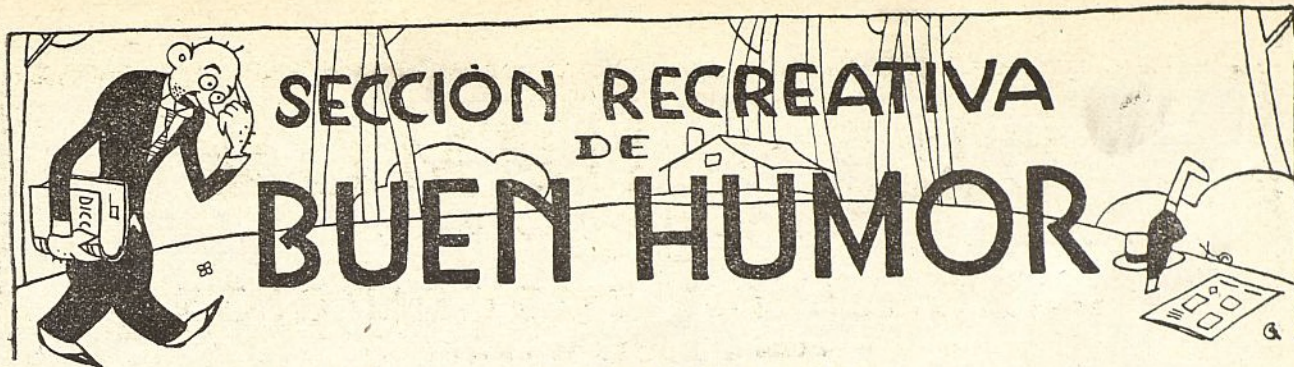
TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



por DIEGO MARSILLA

14.—Refrán.

HABITACIÓN

X

NOTA MUEBLE
ESTE SUR

15.—Escritor.

CACHEMIRA
NEGACIÓN
TRIBU TÁRTARA

Concurso de pasatiempos de Mayo

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Servicio para licor, de plata inglesa, con su estuche, a don Pedro Escalera, de Alhucemas.

SEGUNDO PREMIO.—Un jarrón de Terracota, decorado a mano, doña Emilia I. Ordoñez, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Un joyero, de metal plateado, a D. Dionisio Hernández, de Vitoria.

Los objetos para los premios, han sido adquiridos en la acreditada casa SANZ, Espoz y Mina, 40.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

Concurso de pasatiempos de Mayo

Soluciones.

1, Los mayores en edad.—2, Votivo.—3, Cante flamenco.—4, Villalta.—5, Al fin solos o Siempre solos.—6, Expediente.—7, Nimiedad.—8, Sama, Polo, Cisneros, Abril, Lázaro, La Serna, Tono.—9, Cetáceo.—10, Dos palabras al lector.—11, Capital y trabajo.—12, Campeonato nacional.—13, Tabaco.—14, Sopas de ajo.—15, Timotea.—16, Un piso entresuelo.—17, Paquetería.—18, Canónicamente.—19, Carabaña.—20, Salga el sol por Antequera.—21, Avenida.—22, Chascarrillo.—23, Amilanado.—24, Acaparador.—25, Codicilo.—26, Martingala.—27, Una copita de vino.—28, Aquilino.—29, Acantilado.—30, Astronomía.—31, La divina comedia.—32, Loco de remate.

De las 12.836 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas siguientes:

José Fanoll, Emilio Sierra, de Bar-

16.—Figura literaria.

ON A
T R I O E
Exclamación

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

celona.—María Francisca García, Emilio Cebrián, Joaquín García, Manuel F. Sánchez, Bernardo Sanz, Ramón Martín, Justa de Pablo, Eloy del Puerto, María de las Mercedes Arias, José M. Delgado, Fernando Peña, Manuel García Reyes, Clemente Rodríguez, Carlos Gutiérrez, Angeles Vázquez, Luis Eguiaz, de Madrid.—Domingo Hernández, de Vitoria.—Luis Orgado, de Albacete.—Adelita Peiroua, Mercedes Peirona, Marichu Peirona, M. Iruleta, de San Sebastián.—Juan Díaz, de Tetuán.—Manuel Matos, de Ceuta.—Antonio Zubirí, de Larache.—Juan Guisjarro, de Las Palmas.—María Isabel Urzola, de Valencia.—Antonio García, de Valladolid.—José Pedro, de Soria.—Luis Florit, de Castellón.—Consuelo, Pilar y Fernando Salvo, de Coruña.—Simón López, Justo Espinosa, María Teresa Ruilova, de Jerez de la Frontera.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 3 de julio próximo.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

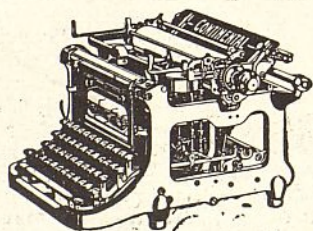
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin reñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

La máquina de escribir CONTINENTAL
es la predilecta



Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA, Claris, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir CONTINENTAL, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS

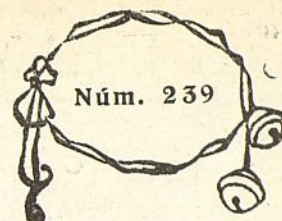
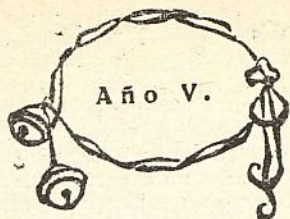
LOS
FAMOSOS
POLVOS
INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS



ANUNCIANTE FRUSTRADO



Se llamaba César. Pero, como despreciaba los acentos, a los que no encontraba agudos ni graves sino sencillamente tontos y sin importancia, se llamaba Cesar. Y precisamente

en el día en que nos referimos a él se encontraba en el participio activo (!!) de su nombre, se encontraba cesante...

Como no podía menos, todos los días gastaba un can obeso (vulgarmente llamado perro gordo) en adquirir uno de esos diarios que consagran parte de sus páginas a publicar ofrecimientos y requerimientos de gramófonos en edad provechosa; colecciones filatélicas del Congo; caballeros jóvenes para contraer justas nupcias con señoritas bien parecidas (¿a quién?) y de posición (¿mala?); varios miles de pesetas para explotar el invento de un nuevo lance de capa; alguna nodriza con leche adulterada aunque proceda de adulterio y otras cosas igualmente heterogéneas... Allí nunca faltan anuncios de colocaciones.

Y aquel día, mientras sentado en el banco de un jardín público, recibía el tibio hálito de la mañanita primaveral, leyó algo que detuvo su atención. Dice así: «Emp. se nec. P. trab. Buen. remuneración, 2.5-25.» Lo cual, traducido al idioma de quien no quiere ahorrarse unos céntimos, reza, con más o menos unción, lo siguiente: «Empleado, se necesita. Poco trabajo. Buena remuneración. Calle del Dos de Mayo, número veinticinco».

César, anhelando dejar de ser tiempo de verbo, fué al lugar indicado de una manera enigmática, sí, pero que él no tardó en descifrar porque estaba avezado a leer periódicos en época de censura.

Era una casa en que a todas luces se estaba proce-

diendo a la instalación de un «Consultorio Capilar» como un cartel colocado a la puerta decía en seis o siete lenguas ninguna de las cuales interesaba al cesante, quien de que se encontraba en semejante situación no llevaba sus aficiones filológicas más allá de la lengua de ternera.

En la habitación principal, la más adecentada, veíanse retratos más o menos fidedignos de personajes simbólicos como Carlos el Calvo, Wifredo el Velloso, Federico Barbarroja, Absalón, Eugenio Noel, Sansón y Landrú (o sea el nuevo Barba Azul).

Y allí se encontraba un caballero en cuerpo de camisa, muy perfumado y

con la cabellera rizada a manera de escarolita.

César entró tímidamente, con el periódico en la mano.

—¡Ah!—exclamó el peluquero—. ¿Aspira usted a ser empleado en mi casa?

—Sí, señorito. Tengo mujer, tengo media docena de hijos... ¡Calcule si tendré ganas de trabajar!

—Pues lamento que haya usted hecho el viaje en balde. Y lo lamento mayormente ya que la culpa es mía. Para que el anuncio fuera más barato, he omitido poner en él que el hombre que necesito ha de tener los cabellos negros, muy negros. Y usted tiene los cabellos blancos.

—¡Son los sufrimientos, señorito!... Pero le advierto que tengo energías de joven.

—No se trata de eso. Se trata de hacer propaganda de un específico contra las canas que se expendirá en mi «Consultorio Capilar». Ya tengo un anciano de níveos cabellos a quien le pondré un rótulo que diga: «Antes de tomar el específico». Ahora necesito otra persona para colgarle el que diga: «Después de tomar el específico». Usted no me sirve.

—Si es para eso ¡claro que no!

Y César permaneció un instante pensativo. Su vida, negra en todo, no lo era ¡ay! en su cabellera... Pero de pronto, debajo, le nació una idea.

—¡Oiga!—le dijo al peluquero—. Si usted quisiera favorecerme, yo le propondría una solución...

—Diga, diga.

—Yo, aunque tengo los cabellos grises, podría teñírmelos con el específico de usted. Y el peluquero contestó sonriente:

—¿Pero usted cree, buen hombre, que si mi específico tiñera, yo apelaría a tan extravagantes anuncios?



Dib. SILENO. — Madrid.

ALMELA Y VIVES

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

C

Ya estamos otra vez en París, queridos lectores. Seguramente que ustedes habrán echado de menos muchas veces mis brillantes crónicas, que tan magníficamente les ayudaban a conciliar el sueño, pero hay que tener en cuenta que yo en Madrid tengo muchí-

del franco, que ya es una chufra intolerable, ha puesto a estos honorables republicanos en un estado de ánimo y en un frenesí hambriento de tal calibre que regañan con su sombra y se dan de estacazos con la mía o con la de otro extranjero cualquiera por un quítame allá esas pajas de la boca. Y además, tienen tan al dedillo el estado de

Tal lamento, que escuché con la cabeza baja (aunque no tan baja como los cinco francos), me hizo comprender que para quedar bien dando propinas era necesario que hiciese una operación aritmética antes de hacer el regalo; y, en efecto, dos horas después, solicitado por un ciego que me pedía *siquiera cincuenta céntimos para poder comprar un poco de pan*, me detuve en medio de la calle, extraje papel y estilográfica y recostado en una esquina verifiqué el siguiente cálculo matemático:

—Se me piden cincuenta céntimos, pero los debo dar en moneda ibérica; porque si los doy en moneda gala, resulta que no los doy. Si el cambio está a 17, para sacar una peseta hay que multiplicar por seis. Multiplicando por seis, sale por un lado una peseta con dos céntimos y por el lado contrario seis francos. Si doy al mendigo tres francos, tenemos (o tiene él) que le doy cincuenta y un céntimos. Ya está.

Y encantado de haber realizado felizmente la operación financiera más complicada de mi vida, alargué al desventurado ciego los tres francos, pero cuál no sería mi sorpresa cuando el pobre pedigüeño, sonriente y melfluo, echó mano a su bolsillo y me devolvió un montón de monedas de cobre, diciéndome:

—¡Ahí van, señor, los dos francos cincuenta que sobran! ¡Y muchísimas gracias por los cincuenta céntimos que me ha dado, y que *Dieu* le conserve la *vue* y que la *Madeleine* le guíe!

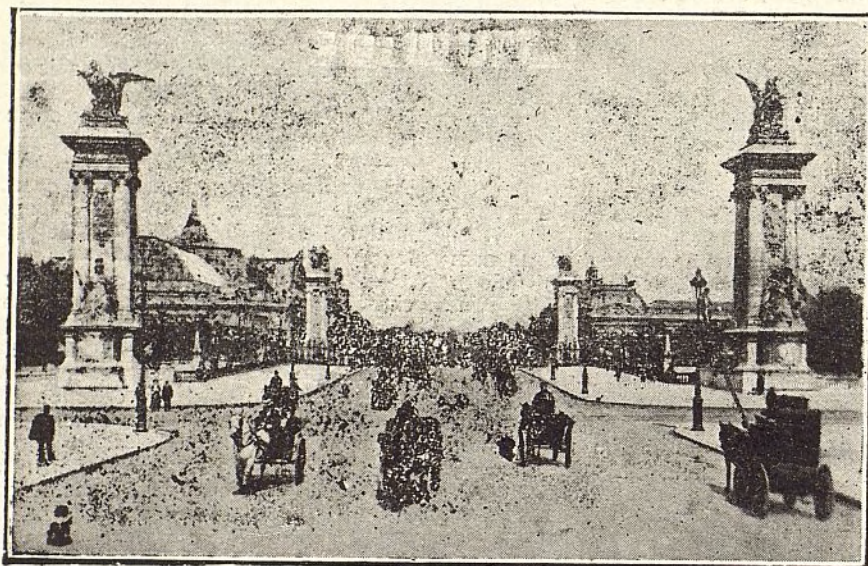
Resultaba que el ciego me había pedido los cincuenta céntimos en francés y que yo, ofuscado por la reclamación del mozo de cuerda, había cometido la estupidez de traducírselos a la lengua de Cervantes.

Y menos mal que él no los entendió, porque si los entiende se los guarda. Eso es viejo...

Mucho más viejo que el taxi que me condujo desde la estación al hotel, que ya es decir...

CI

Bueno, pues ya estamos en el hotel; mejor dicho, estoy yo sólo, porque si estuvieran ustedes lo iban a pasar muy a disgusto y yo lo sentiría mucho por haberles hecho venir. El susodicho hotel, que se llama nada más que la tontería de *Hôtel des Ambassadeurs*, y que acaba de tener la gentileza de admitirme a mí, que no soy embajador de ninguna parte (por lo menos que yo sepa), es un hotel (y lo repito para convencerme de que en efecto es un hotel), es un hotel, vuelvo a decir, de estos que se llaman aquí hoteles *meublés*, aunque la sinceridad me obliga a manifestar que si todos están tan mal



LA AVENIDA «ALEXANDRE III» VISTA DESDE EL PUENTE

A mis veraces apuntes
va este panorama adjunto,
con unos diez transeúntes
y con seis coches de punto...

[Cosa que da clarísima idea de la formidable circulación del centro de París]

simas cosas que hacer y que en París no tengo que hacer más que crónicas, razón por la cual no me puedo pasar la vida a la orilla del Sena dejando que en España (y aprovechándose de mi ausencia) me roben el dinero los administradores de mis fincas y me engañen con mis amigos las numerosas beldades a las que tengo puesto piso. Ahora bien, como en los primeros días del verano es de buenísimo tono darse una vuelta por París, y como el franco está a 17, la Empresa de BUEN HUMOR y yo, de común acuerdo, hemos resuelto darle un golpe más a mis viajes transpirenaicos, consecuencia de cuyo acuerdo ha sido el que en este momento me tengan ustedes a su disposición en un indescriptible hotel de esta no coronada villa, desde donde estoy criminalmente decidido a contarles a ustedes todo lo nuevo que vea por aquí (que, entre paréntesis, no es la ropa de los transeúntes que, cada año que pasa, es más vieja.)

Desde luego, lo que acabo de observar en este nuevo viaje es que la gente está de un pisto que da miedo. La baja

los cambios que le hacen a usted la cuenta del dinero que gasta con mucha más perfección que una esposa celosa o simplemente con escama: recién apeado del tren está humilde servidor y compatriota de ustedes, hubo de requerir los servicios de un napoleónico mozo de cuerda para trasladar un ridículo baul desde la estación a un taxi, que era todavía de más cuerda que el mozo por la sencilla razón de que la carrocería estaba atada con sogas a las ruedas, y éstas sujetas con bramanes a los neumáticos, y los picaportes amarrados por cordeles a las puertas. Pues bien, una vez colocado el baul sobre aquellas ruinas de Troya, quise pagar al mozo con verdadera largueza y deposité en sus manos la friolera de cinco francos; y cuando yo esperaba que el mozo se desmayase de la emoción o me llamase príncipe o diese un *¡viva la dilapidación universal!*, me ví desagradablemente sorprendido con la siguiente réplica:

—¡Gracias, señor! ¡Pero lo que usted me da son ochenta y cinco indignos céntimos, en moneda de su país!

meublés como éste, es mejor que llamen a un trapero y que se acabe todo de una vez, porque para poca salud más vale fallecer repentina y honrosamente. La habitación que me han destinado es una verdadera pena, el armario de luna tiene la luna en cuarto menguante, hay dos sillas con mala pata y una persiana con mala sombra (ya me comprenderán ustedes), la cama puede muy bien haber servido para que durmiera en ella Montesquieu y no tendrían nada de particular que su señor padre también; la mesa de noche igualmente se pierde en la noche (sin mesa) de los tiempos, el colchón es duro y el precio de la habitación dos duros (moneda española); pero como no estoy para más cavilaciones, he aceptado el cuarto aunque consciente de que hago el quinto y me he instalado con toda la resignación posible. Pensando que en París el español debe desvanecer la leyenda de que es un hombre poco pulcro y escasamente higiénico, me lavo la cara; y al lamentármelo la camarera (¡también!) de la baja del franco, me lavo las manos... Luego, hago al *maître* de la casa la pregunta consabida:

—¿En qué sitio puedo comer bien?

El *maître* se decide a ser *franco*, aun exponiéndose a que una millonaria caprichosa, aprovechando el cambio, le quiera comprar por diez y siete céntimos, y me dice:

—Comer bien, en ninguna parte, señor.

La frase tajante y drástica me deja con la boca abierta, y como es natural sin esperanza de que me entre en ella nada importante que me la cierre satisfactoriamente. No obstante, insisto:

—Bueno, pero si no es posible comer bien, por lo menos deseo comer regular. Indíqueme el sitio.

—¡Comer regular, señor, sólo lo hace aquí monsieur Briand y la señorita Mistinguett, cuando la convidan!... Lo más que puede usted conseguir es comer sin peligro de muerte, y para eso debe usted ir a un café de los bulevares, donde, como hay muchos transeuntes y algunos guardias, evitan que haya víctimas porque todo el mundo lo notaría y sería un desprestigio para la capital de Francia.

No me ha sido factible obtener de mi interlocutor una explicación más concreta y convincente y un cuarto de hora después he ingresado, ligeramente *mosca*, en el establecimiento llamado *Métropole* donde, con la esperanza de no gastarme más que unos quinientos francos, he pedido unos cuantos ingredientes masticables, por si el pedirlos comestibles o digeribles resultaba una pretensión ofensiva y absurda.

Renuncio a nombrar las cosas que me he comido, porque en realidad han sido unas cosas que no tienen nombre, pero no quiero dejar sin mi comentario crítico un incidente que me ha ocurrido en el local y que merece ser propalado

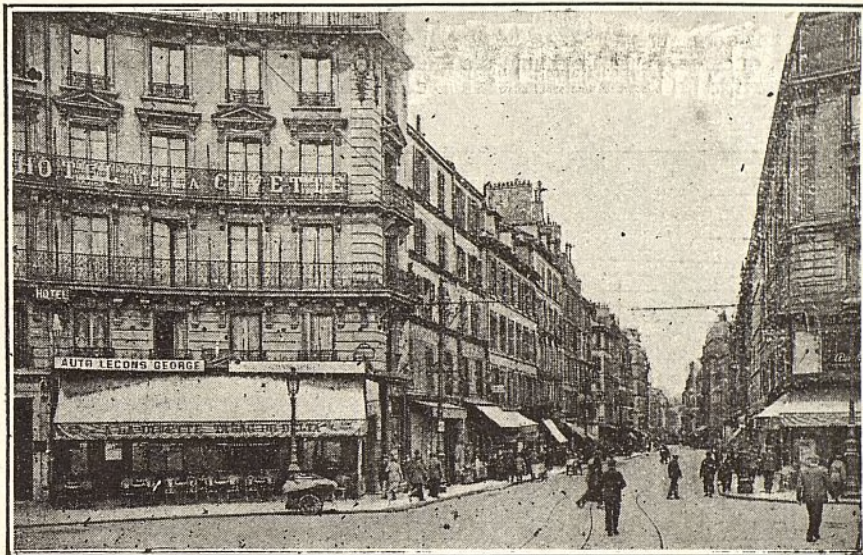
por todo el orbe católico y no estaría demás que por todo el protestante y hasta por gran parte del budista, porque es que conviene que se entere todo el mundo, y todo dios, del asunto de que se trata.

En realidad el asunto tiene lo que no tiene el pan que me han servido en la comida, y con esto quiero decir que el asunto tiene mucha miga...

Es el caso que, cuando yo estaba ya en los postres (o en lo que llamó pos-

donos la jornada de ocho horas y unas vacaciones anuales con sueldo para que, en lugar de pelar parroquianos, peleemos la pava con unas *midinettes* que nos traen locos. En vista de esto, y para perjudicar a la inmundicia clase patronal, hemos resuelto afeitarse y cortar el pelo gratuitamente en algunos cafés y restaurantes de París. Y además, no se admiten propinas...

Vacíle, ante proposición tan tentadora.



LA «RUE ROCHEFORT» VISTA DESDE UNA PUNTA

Esta calle parisina
valer no vale dos reales.
En Madrid, por la Latina,
tenemos muchas iguales.

Por ejemplo, la de Embajadores, que, ¡claro!, en París sonaría mucho mejor porque se llamaría de *Ambassadeurs* como el infeliz hotel desde donde escribo.

tres el camarero con evidente desprecio del mandamiento que hace el número ocho, que al fin y a la postre debía respetarse siempre), y me había comido una manzana que si se la dan a Adán no habría habido pecado original, ni siquiera traducido, se me acercó un amable joven y me hizo en voz baja la siguiente proposición:

—¿Quiere el señor afeitarse?

Me quedé como el que ve visiones, o como el que ve un barbero en un restaurante que es una cosa tan insólita como ver una visión.

Sin embargo, por no quedar como un palero, no quise manifestar mi estupor y me negué al rasurado, alegando que tenía mucha prisa y que no tenía mucha barba.

A lo que el cariñoso *figaro* repuso con el párrafo siguiente:

—Es que el servicio es completamente gratis, caballero español. Los barberos parisenses estamos en huelga porque nuestros odiosos patronos nos están tomando el cabello negán-

—Anfítese, *monsieur*. Ande, y le corto el cabello también.

La proposición era descabellada, pero dejé de vacilar. Con la servilleta anudada a mi cuello, a manera de paño, empezó a jabonarme y aunque temí que el afeitado lo quisiese realizar con el cuchillo de postre, me tranquilicé al ver en sus manos una navaja nada más que relativamente mellada.

Al dar el primer pase, que no le jaleé por verdadero milagro, oí a mi espalda la voz indignada de un comensal que increpaba al camarero en esta forma tan vulgar y conocida:

—¡Mozo, en esta sopa hay un pelo!

A lo que contestó el *garçon*:

—¡Perdone, señor! ¡Procede de ese caballero que se lo está cortando en el diván de al lado!... ¡No se preocupe, que es de confianza!...

Por la salud de mis hijos, juro que esto es histórico.

ERNESTO POLO

París.—Hôtel des Ambassadeurs.—Junio.

IRONIAS DE A CUARENTA CÉNTIMOS

(CRÓNICA BURLONA ESCRITA EN SERIO)

En la soledad de mi desván, sentado en un baúl, teniendo delante una silla elegantemente absurda (que quizás dentro de tres siglos figure en alguna tienda de antigüedades como el legítimo solio de Chindasvinto), sobre cuya silla hay una sombrerera de cartón, sin sombrero, que me sirve de mesa, me encuentro embargado por las delicias

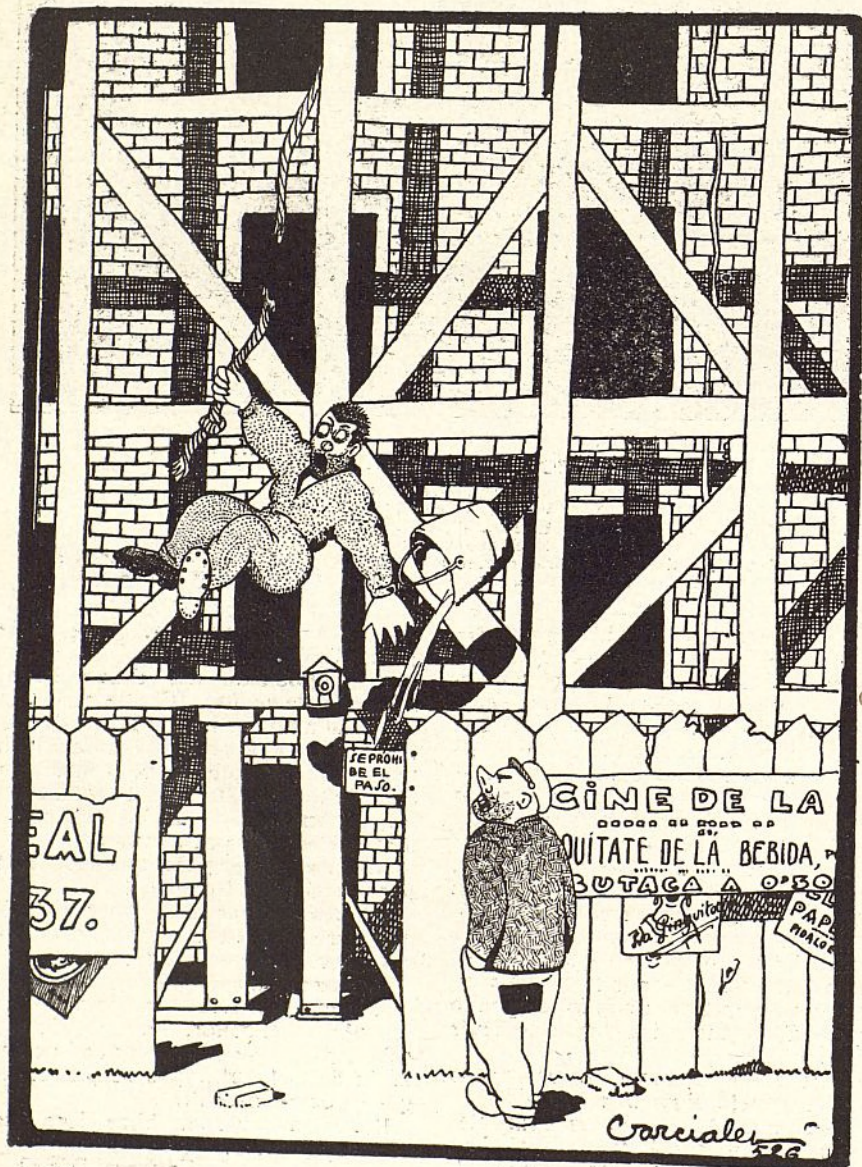
cortesanas de un majestuoso banquete. Con placer inefable llevo a mi boca pausadamente, regaladamente, monstruosas cucharadas (yo como con cuchara de madera por ser el único cubierto que no puede oxidarse ni pignorrarse); monstruosas cucharadas, decía, de un aromático guisote de lentejas y cebolla, suprema habilidad de mi por-

tera, que es una portera proverbial en el barrio, tal vez porque es linda, joven hasta cierto punto y sinvergüenza hasta todos los puntos que ustedes quieran.

Entre los sazonados vapores que se elevan en nerviosas espirales desde la plebeya cazuela hasta la disolvente inmensidad del firmamento, deslizándose por las socarronas grietas del techo desamparado, parece verse a la coquetona musa de Anacreonte, impudicamente despojada, bailando una danza desatenta y original. Estoy alegre y temo que borracho también, aunque me aseguro de que todavía estoy razonador al ver vagar por mis hipócritas paredes (y ahora diré por qué son mis paredes hipócritas) una sombra lacrimosa y apacible que tomo en seguida por la callada y sutil musa de las elegías y que baila con la otra musa para convencerme una vez más de que el dolor y el regocijo no pueden separarse nunca, y unas veces es el dolor el que baila y otras veces es el regocijo el que llora. ¡Es una lástima, pero así es!

Por lo que digo, podrá colegirse que me hallo magníficamente acompañado: allí están el placer, el dolor, el grosero y sensual perfume de las lentejas y la cebolla; y sobre todo esto la esperanza, la risueña esperanza, que es el único bien positivo del hombre, y que es la que me hace contemplar con optimismo las grietas de mi techo porque por ellas veo el azulino infinito del cielo, el bullicioso viaje de los pájaros, las gallardas torres y los orgullosos monumentos de la Corte que bañados por el inocente sol de abril parecen una gigantesca evocación de Nínive la Grande con sus cúpulas robando sus oros al Sol y sus lagos despojando de su azul al éter.

Y todavía no he acabado de decir por cuántas cosas, por cuántas ideas cercanas a mí, estoy acompañado magníficamente: no he hablado de mis paredes, de mi ajuar tan poco abundante como sobradamente extraño; no he nombrado mi biblioteca sombría: un arca llena con novelas de Pérez Escribá, de Ortega y Frías, de Fernández y González, de Ponson; con dramas sacros escritos por señoritas tan ingenuas como incógnitas (que, geniales en su fervor religioso, podrían compararse con Santa Teresa de Jesús solamente con el leve detalle de saber escribir como ella); con libros de moral confeccionados por maestros rurales; con los lejanos albores de Zola san-



Dib. GARCÍA LEZ.—Valladolid.

EL CAPATAZ.—¿Pero se puede saber quién te ha mandado que dejes el trabajo?

guinario y tenebroso; con las postimerías de D'Annunzio decadente, burgués y napoleónico (y digo postimerías porque para mí ha fallecido); con periódicos donde está mi firma; recortes de críticas petulantísimas donde campea mi nombre, perseguido y atacado por una heroica cruzada de adjetivos formidables; planas sueltas donde luce mi retrato, inconsciente y de horteril presancia; obras apenas conocidas, y de ningún modo compradas, que me molesté en publicar; y así muchas más cosas que revelan cuáles son mis gustos en punto a lecturas y cuál la categoría artística que serenamente me he supuesto.

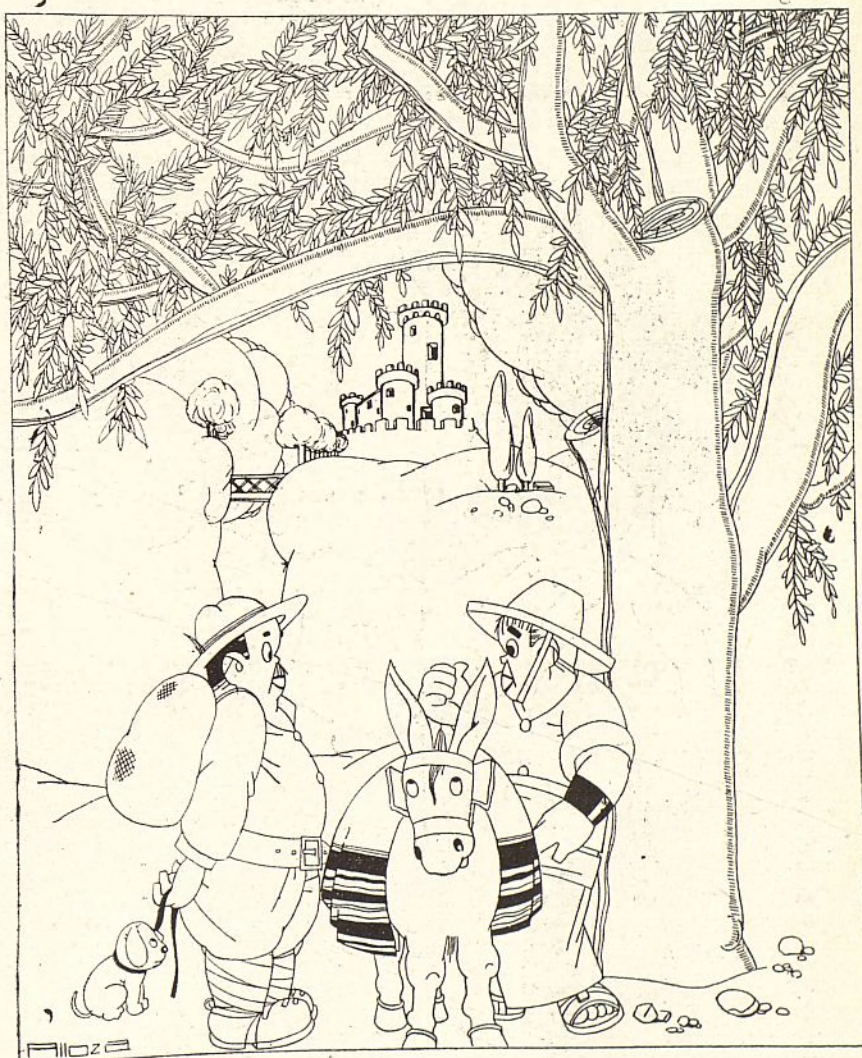
No he nombrado tampoco mi piano, un piano feo y rebelde que no es capaz de tocar aunque lo rifasen; no he nombrado mis sillones opulentos, que decoran con gesto de humillada grandeza la innecesaria prisión de su hermosa y que llevan sufrido el desprecio de todos los chamarileros de Madrid, por pertenecer a una moda que no figura en ninguna historia de la ornamentación; ni he nombrado mis cornucopias de almoneda, ni mi cama dorada y hueca como un millonario, ni mi piel de tigre elaborada en Barcelona (tigre inclusive), ni mi lámpara de Bohemia, que sólo es de Bohemia por ser mía... No he hablado de mis paredes, dije, donde se destacan las pruebas de mi inconstancia y hasta de mi hipocresía: en ellas está el retrato de Pí y Margall, el retrato de Pablo Iglesias, un apunte de Mussolini y un bosquejo de Guillermo II antes de tomar el chocolate de López, o dicho mejor, cuando el marco valía cinco reales y la palabra Berlín producía escalofríos en Europa y flojedad de vientre en las cancillerías. Junto a ellos sonríe la *Preciosilla* (en una postal firmada), luce sus encantos el *Niño de la Palma* (en otra postal firmada también), exhibe su arrogancia Paulino Uzcudum (en una fotografía de veinte centímetros, igualmente firmada) y preside el abigarrado conjunto una fiel imagen de San Vicente Ferrer (que no está firmada por una verdadera casualidad..., seguramente porque al firmarme yo mismo las otras no caí en la distracción imperdonable de firmarme ésta).

Vuelvo, pues, a repetir que en compañía discreta de mis muebles, y de mis perspectivas ninivitas, y de mis ideas grandes y pequeñas, y de mis visiones tristes o juguetonas, me encuentro ante las lentejas y la cebolla engullendo con la egoísta filosofía de un poderoso inglés de poco cacumen. En tan sublime trance, oigo que empujan la puerta. —¿Quién va?—pregunto. —¡Nadie!—contesta una voz conocida... Y se deja ver un asiduo amigo mío, cuya cara soñolienta y húmeda, cuyo acento inseguro y forzado, me alarman. —¿No has comido?—le pregunto, presintiendo su ayuno en la

irresistible inclinación que muestran sus pantalones a caerle al suelo por no hallar músculo ni casi hueso a que agarrarse. —¡Comer!—gruñe con sarcasmo airado, y deja escapar, o, más propiamente, no puede detener a dos lágrimas rebeldes que se pierden entre la mugre de su vestido. Entonces le alargo la cazuela y no se hace rogar y come; come heroicamente, come esforzadamente, como sólo hubieran sido capaces de comer Atila, Alejandro o el Cid, si hubiesen tenido un hambre como la suya. —¡Así quiero yo a mis amigos!—grito alegremente. —¡Tú harás lo mismo conmigo el día que sea yo el más menesteroso!

El hombre dice que sí y, acabadas

las lentejas, me obsequia con una alicativa procesión de sus cuitas y sus desastres, dispuesta con admirable exactitud pictórica por su soberbia elocuencia narrativa: pasan ante mí sus días felices de heredero joven y vicioso de crépito, sus horas largas de amor corto, sus recuerdos claros, su presente negro y alevoso... No tiene dinero, pero tampoco tiene ganas de trabajar... Sueña con volver a ser rico como cuando se murió su padre, pero desgraciadamente los padres no se mueren más que una sola vez, aunque este buen hijo le resucitaría con muchísimo gusto con tal de que le elaborase otra fortuita para repetir la suerte (la suerte de heredar otra vez)... Este hombre



Dib. ALLOZA.—Madrid.

—Aquel castillo es de los árabes, ¿verdad?

—No, señor, es de los Pérez que están en el pueblo.

que las pocas veces que ha sido poeta ha cantado al trabajo teóricamente, le tiene miedo en la dura realidad: la mesa de un despacho le subleva, el volante de un taxi le escandaliza, el pico de un empedrador o la llana de un albañil le crisan, el tener por dignos compañeros a los individuos del Sindicato de Artes Blancas le causaría la muerte... No siendo artista, tiene ideales de artista y quiere algo más.—¿Qué quieres entonces?—le digo.—No lo sé. Quiero vivir, comer, amar, quiero lo que tienen sin buscarlo los animales más inmundos, los mismos que son enemigos del hombre.

Y como yo no se lo puedo dar, se va.
¡Vaya con Dios!

* * *

Pasan varias semanas, puede que varios meses, quizás sea probable que algunos años. He olvidado totalmente a mi amigo y él parece haberme olvidado a mí. Mi desván tiene más retratos y menos muebles, mi biblioteca menos libros y más papeletas del Monte de Piedad, en mi techo se ven más grietas y en el cielo menos estrellas, mi cama luce un colchón en lugar de dos y mil chinches en vez de doscientas treinta... Mi plato de lentejas es mucho más chico... Mi hambre es mucho más grande...

Un buen día anima mi comida un incidente insospechado: una carta del amigo olvidado en la que me participa su enlace con la señorita Fulana de Tal. ¿Qué es esto? La invitación es lujosa, la forma irreproachable, la casa que me

ofrece digna de un Rockefeller. No me explico el misterio, aunque creo recordar el nombre de la socia; dejo caer al suelo la carta, y el olvido vuelve a invadirme con pujanza desconsiderada... Pero una mañana entra mi amigo en mi camaranchón, hace unos cuantos gestos sarcásticos a mis muebles, me espeta que me vaya a comer con él y con su mujer, no acierto a negarme, salgo tras él, un auto enorme como hecho para gigantes (¿doscientos caballos?) nos espera, cruzamos varias calles y llegamos ante un palacio de arquitectura catalana. Desde un balcón sonrío a mi amigo una mujer, cortésana vieja y enriquecida por la galantería que conocí en un baile de máscaras.

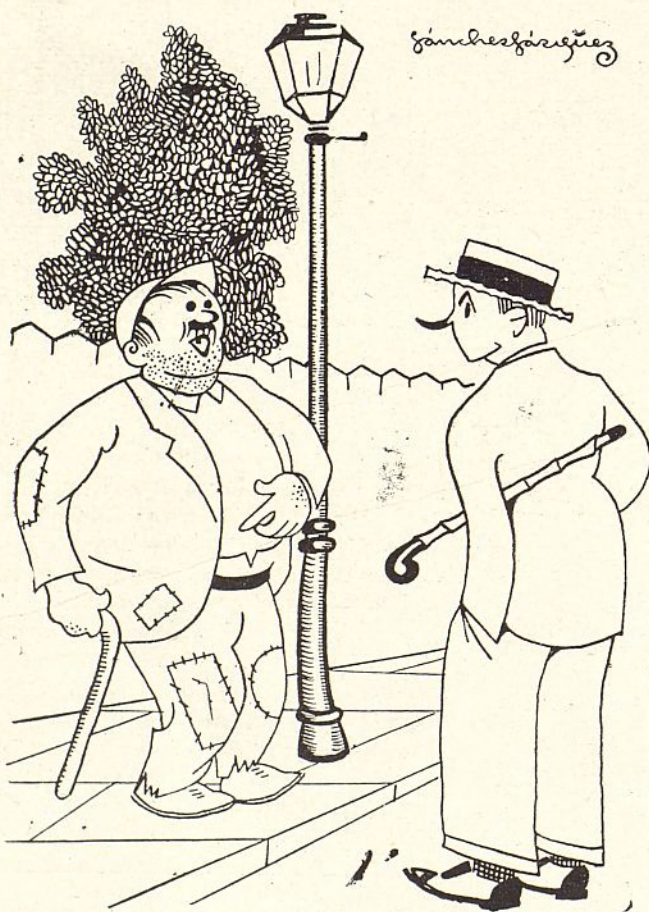
—¡Ah!! ¡Ah!!—digo yo.

—Mi esposa—aclara mi amigo.

Da la casualidad de que, enfrente del palacio, y ante otro en construcción, un albañil y su modesta hembra, tendidos en el suelo, dan cuenta de un guisote de lentejas y cebolla, mirándose al mismo tiempo con exaltación amorosa. Creo que aquéllo merecerá de mi amigo un sutil recuerdo dedicado al día en que yo fui su anfitrión en mi guardilla... Pero creo mal. Al mirar a la feliz pareja obrera sólo se le ocurre una frase:

—¡Parece mentira que haya quien pueda comer semejantes porquerías!...

* * *



Dib. SANCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—Yo no doy limosna a un hombre tan robusto como usted.

—Y por cinco céntimos que va usted a dar, ¿cómo quiere usted que esté?
¿Tuberculoso en último grado?

—Pasan tres años (ahora sí lo recuerdo bien). La cortesana vieja, tanto por ser vieja como por ser cortesana, muere.

Mi amigo no era su esposo (jembusterón!), ella tenía hijos y son los hijos los que la heredan (¡ya te dije yo, pobre iluso, que no se heredaba más que una vez!)

Y el infeliz viudo se ve en la calle.

Pero, por primera vez en su vida, tiene vergüenza y no vuelve por mi covacha, que ya es una birria de mueblaje y de decoración.

Y empieza a morir de hambre...

Y acaba por morir de verdad...

Unos poetas apologistas dicen que sus últimas palabras fueron dedicadas a la difunta:

—¡Elena! ¡Elena!

Lo niego.

Sus últimas palabras llegué yo a tiempo de recogerlas de sus labios cárdenos.

Y fueron estas:

—¡Lentejas!! ¡Cebolla!...

La Historia no debe mentir, aunque la mentira sea arte y la verdad bazofia.

SOTERO L. PEON.



—¡Infame! ¿Serás capaz de negarlo ahora? ¿De quién son estos sujeta-pechos que he encontrado en el bolsillo de tu americana?
—¡No te pongas así, mujer! Son para mi uso personal...

Dib. BERGSTROM.—Niza.

A UN PAPÁ EQUIVOCADO

«Mi apreciable vecino don Zacarías:
¿Pero usted qué demonstres se ha figurado respecto a los toreros de nuestros días si de cómo las gastan no se ha enterado?

A Dolores, la bella niña inocente de quien es usted padre recto y celoso, cierto novillerito guapo y valiente hoy la está, con fatigas, haciendo el oso, ¿y usted coge a la chica, dándose pisto, y la obliga a que cambie de derrotero, porque entre sus parientes está mal visto que tenga relaciones con un torero?

Pues, sobre que hoy los diestros son señoritos que gastan gabardina, pulsera y guantes, y algunos hasta llevan versos escritos en la parte más baja de los tirantes, ya son todos más cultos y más prudentes que en los tiempos pasados (con o sin vicios) y tienen un amable trato de gentes, del que carecen muchos de otros oficios.

¿A usted se le figura que el ser torero es buscar en el vino dichas internas,

maltratar a las novias, tirar dinero y salir eructando de las tabernas?

¿Jura usted que si sigue tras Lola el nene le arranca la coleta?... Pues pronostico que va a perder el tiempo, pues no la tiene, ni maldita la falta que le hace al chico.

¿Qué es lo que usted quería, so estrafalario? ¿que esa niña le diera su amor profundo a un guardia de la porra o a un boticario mejor que al novillero *Ponche segundo*,

Ponche que a su Dolores, tras de unos días de luchar con los *Rayos* y los *Torquitos*, llegará, intransigente, don Zacarías, a cubrirla de orejas y de rabitos?...

No recuerde a su niña tiempos pasados en que nadie alternaba con los toreros, porque hoy día son hombres tan bien mirados como los arzobispos y los banqueros...

Y nada más, vecino. Salude a Lola; y si él va a su querencia y ella se explica, no le haga usted el quite; ruéde la bola, ¡y que el *Ponche* le siente bien a la chica!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

UNA HISTORIA EXTRAORDINARIA

A veces, no teniendo qué hacer, entro en una cervecería cualquiera y pido un *bock* de cerveza.

Nada más ingerido dicho *bock* comprendo de pronto, en un momento de lucidez genial, que la vida es verdaderamente triste. Una vez formulada esta filosófica consideración, pido otro *bock*.

Bebo éste y fumo tres cigarrillos.

Por la ventana abierta veo cruzar la gente. Allá, por la otra acera, van dos novios. Ella, pequeña; él, alto. El, se inclina sobre ella y dice algo. Ella ríe locamente. Los envidio un poquito.

—La vida es injusta—murmuro—. Y pido otro *bock*. Fumo cuatro cigarrillos.

Ahora pasa una mujer sola. Es rubia y alta. ¡Qué bonita! ¡Si yo me atreviese a decirle que la quiero mucho!... Pero sé que no me he de atrever. Además poseo la dolorosa certidumbre de que no habría de hacerme mucho caso.

Deja una estela de perfume por la cual corren, desesperadamente detrás de ella, los piropos.

Aspiro una gran cantidad de aire. Luego la expulso lentamente. He suspirado. ¡Ay!

—La vida es desigualmente absurda, me digo. Y me siento deliciosamente triste.

Cuando llego a pronunciar la lacónica e inexplicable frase de:

—La vida es un sacacorchos, me levanto, pago la consumición y con tartamudos pasos me dirijo hacia casa.

(Casi nunca suelo pronunciar esta frase antes del duodécimo *bock*.)

Cuando llego a casa mi familia ya está cenando. Mi madre me contempla detenidamente para luego contemplar detenidamente el reloj. No sé qué misteriosa deducción sacará de esto. Mi hermana juega su cabeza en un gesto verdaderamente inexplicable. Mi padre come con demasiada atención.

Me siento. No hablo, porque si hablase estoy seguro de que inmediatamente comprenderían que no vengo de casa de mi amigo Menéndez. Hay un silencio angustioso.

¿Habrá sopa?... Tiemblo ante la posibilidad de que haya sopa. Es sencillamente difícil, para mí, el comer sopa después de haber dicho: «la vida es un sacacorchos».

Siempre que me hallo en estas condiciones, al intentar llevar la cuchara a la boca, suele suceder que su contenido líquido cae íntegro sobre el mantel y la servilleta.

Otras veces, si bien es verdad que la cuchara logra llegar plena hasta mis fauces anhelantes, no es menos

verdad la tenacidad que desarrollo pretendiendo introducir a ésta, bien por el labio superior, bien por el carrillo derecho; hasta que, convencido de la imposibilidad de semejante maniobra, desisto.

Mi hermana es la que corta el pan. Nunca me ponen el pan hasta que llego. Tengo que pedirlo.

Cuando penetro en casa, en las condiciones antedichas, sufro espantosamente. No tengo pan y yo no puedo comer sin pan.

Este se halla al alcance de mi mano; pero no me atrevo a extender mi mano. ¿Y si no llegase?... Si no llegase sería horrible.

Medito en la manera de pedirlo a mi hermana. ¿Notarán algo anormal en mí?... Debo de decir: «Hazme el favor de un poco de pan». Sí; lo diré así. Esto no tiene nada de particular. Mi voz es clara.

Al fin chillo:

—Pan.

Y mi voz es tan desagradable, tan desagradablemente chillona, que todos levantan sus miradas del plato y me embadurnan la cara con su asombro.

Me pongo rojo. Entonces mi padre dice lacónicamente:

—Debieras de acostarte.

Ante este delicado eufemismo de mi padre, me levanto, intento doblar la servilleta y en medio de un silencio, verdaderamente hostil, salgo con rumbo a mi habitación.

Esto me sucede con bastante frecuencia.

Pues bien, un día acababa yo de decir: «La vida es desigualmente absurda» cuando penetré en la cervecería él.

El, era un señor pequeñito, tripudo y cojo.

Como particularidad curiosa debo de anotar que poseía unos ojillos azules, de bordes rojizos, que le daban un pintoresco aspecto de perdiz.

Por lo efusivo de su saludo pude comprender la decidida afición que dicho señor debía de experimentar por las bebidas alcohólicas.

El señor de los ojos acatarrados, después de sentarse a mi mesa, me pidió permiso. Se lo concedí.

Me miró cariñosamente y me dijo:

—Caballero, un momento: Yo soy el protagonista de una historia extraordinaria. Se la contaré: Yo era feliz; poseía una renta de unas seis mil pesetas y además unos ojos azules, de los que aún disfruto, que entre las mujeres llegaron a tener casi tanta aceptación como la renta de que acabo de hablarle.

Creía en Dios, y hacía tres comidas

al día..., a veces, cuatro. Esto se hubiera prolongado indefinidamente, hasta mi muerte, si no fuera por lo que voy a contaros: Yo tenía un defecto..., mejor dicho, yo creía que tenía un defecto. (Más tarde pude comprobar que yo no tenía ningún defecto, sino que era un defecto el que me tenía a mí, pero...) Esto son disquisiciones filosóficas que no vienen al caso. La cuestión era que yo bebía; bebía hasta caer borracho debajo de las mesas. Me divertía mucho. Luego vomitaba. A veces, en mi borrachera, me permitía recordar—no muy cariñosamente por cierto—a San Agustín. Otras veces a San Pedro.. No me he explicado nunca el por qué de estas predilecciones... Pero observo que nuevamente divago. Verá usted...

Mi compañero abrió una pausa que empleó íntegra en beberse un vaso de cerveza y en limpiarse después sus bigotes—coladores de espuma.

Cuando pudo hablar, me dijo:

—Mi desgracia es la siguiente: Siempre que me emborracho lo pierdo todo, todo se me olvida: el sombrero, el bastón, la chaqueta... ¿Ve usted esta pierna? Mejor dicho, ¿ve usted el sitio donde debiera de estar la pierna?...

Después de contemplar detenidamente su pierna de palo aseguré convencido:

—Sí, señor.

—Pues bien; esta pierna la perdí; se lo juro por la santísima memoria de mi madre que en gloria..., etc. Sí, caballero; la perdí en una noche de borrachera. Personas que me quieren mal aseguran que me la cortó un tranvía y que yo, o no lo noté, o que ya lo he olvidado en vista del largo espacio de tiempo que pasó. Como usted comprenderá, esto es absurdo. Tengo la íntima convicción de que la dejé olvidada en el café..., en la taberna... ¡Qué sé yo!

Inquirí, visiblemente alarmado por una duda atroz:

—Pero... cuando usted perdió su pierna ya era de palo, ¿no?...

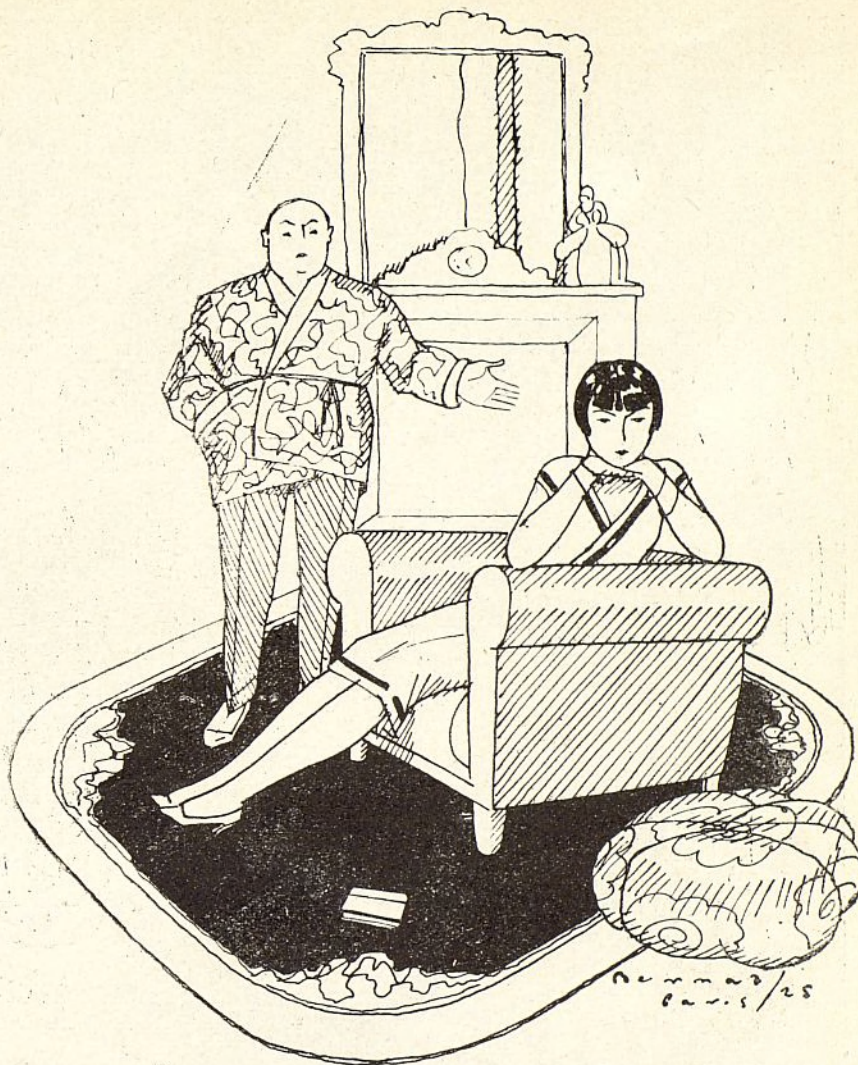
—¡Oh, sí, señor!... Pero verá usted, ahora llegamos a mi tragedia, a mi verdadera tragedia... ¡Me crispo al recordarla!... Fue así:

Hace unos días me encontraba tristísimo. Estuve recordando menudos episodios de mi adolescencia; luego vino un amigo a pedirme cinco duros y, por si todo esto fuera poco, durante toda la tarde, mi vecina, la del primer piso, estuvo tocando tercamente, infatigablemente, al piano, dos o tres lecciones Czerny. Odio a Czerny, caballero. Ya comprenderá usted que en

esas condiciones tenía que hallarme tristísimo. Era mi obligación.

Mas de pronto he aquí que una idea genial, verdaderamente genial, se me ocurre: Pensé en mi *cognac*, en mi querido *cognac*. —¡Oh, caballero, cómo amo a mi *cognac*!—; pensé en mi *cognac* y me dije: «Es preciso olvidar». Y comencé a beber. Hasta la octava copa—las tomo dobles—todo fué bien. Saludaba a cuantos conocidos pasaban ante mí y todavía podía pronunciar, con bastante rapidez, la siguiente frase: «Un tigre, dos tigres, tres tigres», que utilizo como reactivo. Pero..., ¡ah!, al terminar precisamente la octava copa pude observar la curiosa coincidencia de que, cuantos seres pasaban ante la mesita, tras de la cual me hallaba situado, eran amigos míos. Esto me extrañó: «¡Qué feliz casualidad!», pensé. Pero inmediatamente me ensayé con mi reactivo: «Un tigre», balbuceé. Y caí en una afasia verdaderamente lamentable. Entonces, *in mente*, me dije: «Estoy borracho». Y por las inadecuadas maneras con que un guardia me extrajo del café, fué por lo que comprendí que mis sospechas no carecían de fundamento.

Y ahora viene lo doloroso, caballero, lo verdaderamente doloroso, e increíble... Ya le he dicho que cuando me hallo en ese estado bullicioso que han dado en denominar embriaguez, lo pierdo todo: el sombrero, la chaqueta, el bastón... De pronto sentí esa sensación inconfundible, esa sensación que experimentamos cuando perdemos algo y que nos hace exclamar: «He perdido alguna cosa». Acto seguido comencé a inventariar mis prendas, según acostumbro a hacer en dichos casos. (Al salir de casa, siempre apunto en una libreta cuanto llevo conmigo.) Leí en mi libreta: «El pañuelo, el bastón, una pierna, la camisa, una bota, cinco llaves...» Todo, todo lo tenía... De pronto, la duda, la horrible duda pegó un saltito en mi corazón. Sí, ya sabía lo que había perdido; tenía ya ese temor de mucho tiempo atrás. Me pregunté en voz baja: «Agapito..., estás ahí?...» Se hizo el silencio. Nadie me contestó. Esperé un momentito y nuevamente volví a repetir, aunque ya en voz alta: «Agapito, Agapito..., Agapito..., ¿me oyes?...» Idéntico silencio me respondió. Entonces, loco de dolor, tuve que reconocer la atroz verdad: ¡¡Me acababa de perder a mí mismo! Yo, ya no era yo; era otro cualquiera... El verdadero yo había quedado olvidado en cualquier sitio...; en una mesa..., en el portal aquel... Recorrí todos los lugares donde había estado sin poderme encontrar... Puse



Dib. BERNAD, —París.

—¡Te aburres! ¿Me aburro yo acaso?
—¡Tú estás conmigo!

anuncios en los periódicos... Dí cuenta a la Policía... Hasta ahora ni el más pequeño indicio. ¡Nadie sabe nada!

El señor de los ojos acatarrados suspiró tristemente. Parecía hondamente desgraciado. Pregunté con verdadero interés:

—Entonces... ¿quién es usted?

—¿Que quién soy yo?... ¡Lo sé, acaso!... ¡Ahí está lo horrible, esa es mi espantosa tragedia!... Si me he perdido, ¿cómo voy a saber quién soy yo?... En el mejor de los casos puedo ser un amigo mío...; pero a lo peor...,

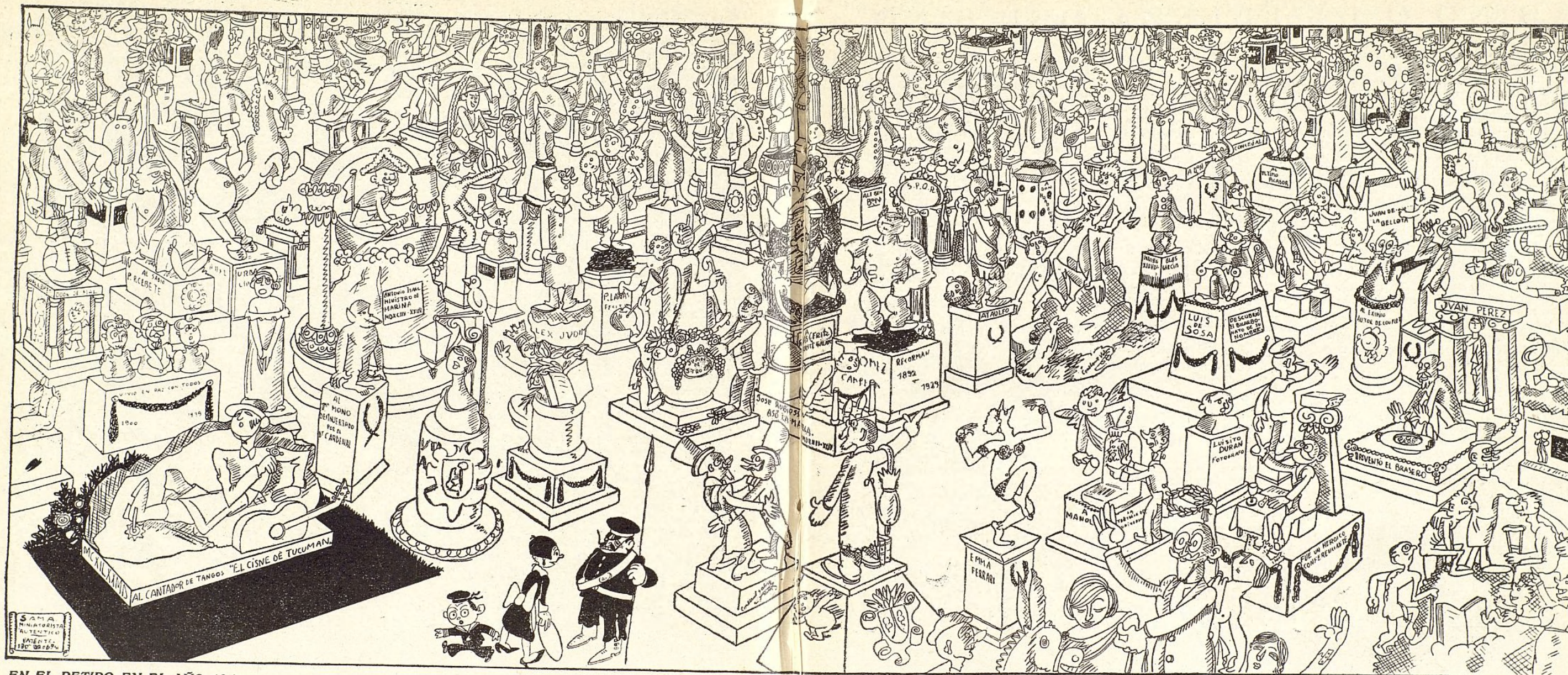
¡a lo peor ni tan siquiera me conozco!... ¡Y sólo al pensar en esta probabilidad me horrorizo de espanto!...

El señor de los ojos acatarrados comenzó a sollozar tercamente. Traté de consolarle. Imposible. Entonces, aprovechando un momento en que él trataba de enjugar sus incontables lágrimas en un enorme pañuelo que extrajo de uno de sus bolsillos, huí.

No he vuelto a saber de él.

ANTONIO ISAAC

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Ceterino Pérez R, Avenida Brasil, 58.



EN EL RETIRO EN EL AÑO 1941

LA DONCELLA.—¿Me hace usted el favor de decirme cuál es el paseo de las estatuas?

CUENTO ANDALUZ

I
—Prepárame lo aparejo, Rosío, que mañana voy de pesca—; había dicho el gitano Rafael a su costilla, al tiempo de meterse en cama.

A la mañana siguiente, el señor Rafael salía de su casa muy temprano, cargado con todos sus bártulos y se encaminaba hacia la ribera del río, prometiéndose pasar un buen día dedicado a su afición favorita.

Llegó por fin al sitio elegido por él, aquel en que pensaba que la pesca sería más abundante; preparado todo, lanzó el anzuelo y esperó pacientemente.

Llevaba un par de horas sin haber

conseguido pescar un sólo pez y ya su paciencia se iba agotando; cuando un ruido le hizo volver la cabeza: a su derecha; un hombre, un pobre hombre se lanzaba al río con intención de quitarse la vida.

—¡Bah! Ezte tiene una forma muy original de pezar—exclamó el señor Rafael—. Se tira al río para cogerlos con la mano.

Tentado estuvo él de hacer lo mismo; pero en esto el suicida, viendo que la profundidad del río no era suficiente para ahogarse, saltó del agua;

pero decidido a quitarse la vida, cogió una cuerda y se colgó de un árbol.

II

A la mañana siguiente la pareja de la guardia civil había encontrado el cadáver colgado de un árbol a la orilla del río, y sabiendo que el señor Rafael había estado por aquellos lugares paseando, se dirigió a su casa para interrogarle.

—¿Qué tal? ¿Qué hay, señor Rafael?

¿No estuvo usted ayer paseando en el río?

—Sí, zeñó, zí que eztuve.

—¿Y no vió usted un hombre que se ahorcó, colgándose de un árbol?

—Sí, zeñó, zí que lo ví.

—¿Y por qué no dijo usted nada?

—Por qué no trató usted de evitarlo? —Toma, pues porque como primero ze había tirao al agua, cref que era que ze colgaba para zecarse.

AMADOR CUESTA

GABINO O LA FUERZA DEL SINO

Conocí a Gabino Cantimpalos en la clase de párvulos del «Colegio de Huérfanos de Buzos Teósofos y Reumáticos Conquenses», en que cursé las primeras letras. Quiero decir con esto que Gabinete—como le llamábamos los íntimos—era para mí uno de esos pelmazos que los naturalistas han dado en llamar amigos de la infancia.

Al salir del Colegio le perdí de vista durante algún tiempo, y cuando pasados dos lustros me lo encontré tomando baños de sol, subido en los hombros de la estatua de Cristóbal Colón, nos abrazamos conmovidísimos. Gabino había cambiado poco; conservaba la misma frente achatada y pequeña de la que nacía aquella nariz tan larga como una película de series, que daba a su rostro el aspecto de una cápsula de sifón, y en cuanto a su indumentaria, era la misma de costumbre. Únicamente su sombrero hongo había sido sustituido por una boina de hule amarillo y su corbata rameada por una descomunal chalina oscura.

Hablamos durante largo rato refiriendo nuestra vida y milagros desde el tiempo en que dejamos de vernos. Supe que la fortuna habíase mostrado poco galante con mi amigo. No pude menos de compadecerle.

—Y ahora ¿a qué te dedicas?—le pregunté.

Por toda respuesta, Gabino llevóse la mano hacia la chalina y después hacia la estilográfica.

—Soy escritor—dijo, con una gravedad rayana en el período agónico—. Hago cuentos, artículos, poemas, novelas, teatro, versos, argumentos para cine, crítica de arte y libros de cocina. Precisamente ahora estoy escribiendo un drama histórico, titulado *La agonía de Fadrique o no tengo un mal penique*, cuyo tercer acto en el que ocurre la acción en el estómago de un elefante, ha gustado mucho a los que no lo conocen. Ya te lo leeré.

Efectivamente, al día siguiente presenté en mi casa, se arrellanó en un sillón y comenzó a dispararme la lectura del drama, drama que, dicho sea de paso, no constaba más que de treinta y siete cuadros.

Me pareció un deber llamarle la atención:

—Querido Gabinete—le dije—. Tu drama gustará más si le suprimes cuadros; treinta y siete cuadros son muchos...

—Eso no es razón—replicó—. El Museo del Prado tiene más, y, sin embargo, le gusta a la gente.

Ante tamaña insensatez, guardé silencio.

Al concluir la lectura, Gabino me pidió recomendaciones para varios directores de periódicos a quienes se

proponía mandar artículos. No tuve más remedio que dárselas.

Desde entonces hojé cuidadosamente la prensa por si hallaba algún artículo suyo. Pero era inútil. A Gabino no le publicaban en ningún sitio; todos los artículos se los rechazaban implacablemente.

Una tarde, vino a verme desoladísimo:

—He estado recapacitando—me dijo—y he llegado a la triste conclusión de que para poder vivir de la pluma hay que ser un camello.

—¡Hombre!

—Sí; lo que oyes: un camello. No quiero denigrar con esto a los que viven de su estilográfica. Me refiero a otra cosa. Lo decía porque los camellos son los únicos animales que pueden resistir sin comer quince días.

Traté de calmarle, pero su excitación iba en aumento, y, como al fin y al cabo era un buen amigo, escribí nuevamente a varios directores de periódicos recomendando sus artículos. Pero tampoco esta vez tuvieron éxito mis gestiones. Gabino no publicaba nada en absoluto. Seguía desesperado y lloraba a lágrima viva.

—¡Publicar, publicar aunque no sea más que una vez en la vida!—exclamaba, revolcándose presa de gran desesperación por el linoleum de mi pasillo. Me despedí de él, tratando, aunque inútilmente, de calmarle. Le ví marchar afligidísimo y desesperado.

Unas horas más tarde, un amigo me dió la noticia: Gabino Cantimpalos acababa de suicidarse disparándose dos tiros en la boina.

Me quedé mudo, torrefacto y apatidifusado.

Al día siguiente, al hojear la prensa, mi asombro no tuvo límites. A Gabino—¡por fin!—le publicaban una cosa.

Derramé lágrimas de venturosa emoción.

—Infeliz Gabino—dije—. Te has suicidado porque los periódicos no te querían publicar nada, y he aquí que hoy, al siguiente día de tu muerte, y cuando ya no puedes gozar de tu triunfo, se ven cumplidas tus ilusiones. ¡Qué felicidad inundaría hoy tu alma si vivieras! ¡Día feliz para tí este en que, al fin, te publican una cosa los periódicos!

Y durante mucho rato, lloré desconsoladamente.

MANUEL LÁZARO.



A LAS CUATRO DE LA MAÑANA

Dib. LÉRIDO.—Albacete.

—¿Qué es esto, a estas horas?
—¡Un velador!

NOTA. Me olvidaba advertir que lo que los periódicos le publicaban a Gabino Cantimpalos era la escuela de defunción.

Relato de mi primer crimen y vista de la causa con la sentencia absolutoria

«En la escalera del domicilio del conocido fabricante de conteras para mondadientes, señor Jardiel, ha aparecido una hermosa dama asesinada vilmente. El fabricante, autor del crimen, ingresó en la cárcel completamente convicto y confeso.»

(De los periódicos del año pasado)

Vista de la causa contra un asesino

NOTA DEL FISCAL (Conclusión)

EL FISCAL (*terminando su informe*). Dura es la mano de la Justicia cuando cae sobre un inocente o sobre un inconsciente, pero cuando esa mano cae sobre un criminal tan repugnante y tan fachoso como el que tenemos delante, señores magistrados, entonces se desearía que la mano de la Justicia fuese más dura que las pantorrillas de un jugador de fútbol. (*Rumores deportivos*.) Ese hombre (*señalándome a mí, que estaba sentado en el banquillo*) asesinó de un modo odioso y rupestre a una mujer, a una hermosa mujer, en plena juventud perfumada. Y ahora, respondedme: ¿no merece la muerte más china el sér depravado que corta en su tallo la flor de la feminidad? (*Aplausos, voces de ¡cursi!, campanillazos de la Sala, etc.*) ¡No una muerte! ¡Dos muertes! ¡Tres muertes! ¡Cinco muertes merece ese monstruo peinado con rayal! ¡Así lo creo y así lo pido! He dicho. (*Se sienta el fiscal, y al sentarse, se rompe la toga con un clavo del asiento.*)

EL PRESIDENTE.—¿Tiene algo que alegar el acusado?

Yo (*levantándome*).—Sí, señor presidente. Después de los informes del acusador privado y del fiscal, la atmósfera huele a patíbulo, y esto me desmora por minutos. (*Rumores*.) Y estoy viendo que si yo no digo algo, se me va a matar como a un kanguro hidrófobo. Hasta ahora he callado, porque estamos en mayo y el calor de la primavera me abisma en una pereza de empleado del Estado, pero ante la idea de que me vayan a trasladar al plano astrol, me decido a hablar. Voy a contar a la Sala por qué maté a mi víctima, la señorita Canéfora Termosifón. (*Murmillos de curiosidad*.) Y si después de explicar el caso, siguen ustedes opinando que se me debe matar, entonces tendré la seguridad de que esto no es una Sala, sino el gabinete de un cirujano de fama.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el acusado, y advierto al público que no comente en voz alta sus impresiones, o que si quiere hacerlo, que se vaya a

la plaza de San Marcial, que allí no se molesta a nadie.

Yo.—Con la venia del señor presidente. (*Una pausa*.) (*Toses, siseos, silencio absoluto al fin*.) Haré historia, como César Cantú. El año pasado, señores, al ir a recoger la cédula, que por cierto tuve que pagar con un recargo legendario, me encontré en la oficina correspondiente con una dama que había acudido allí llevada de mis mismas ansias pagatorias. Yo os podría describir a la dama, pero como la dama no era ningún combate naval, no os la describo. Diré, sí, que era hermosa, hermosa como una puesta de sol en las Ventas. Estaba mejor hecha que la ley de Enjuiciamiento y sonreía cual sonríen los querubos y los ventrílocuos. Sus pupilas eran dos violetas pensativas, sus párpados dos lirios próximos a agostarse y sus manos dos azucenas campestres. En una palabra: que me enamoré con furor esqui-mal. La expresión no es muy elegante, pero es clara como la cerveza de Mahou. (*Rumores admirativos*.)

Su talle era una palmera. ¿Qué digo una palmera? Un ciruelo de los más olorosos. Y todo su cuerpo era tan quebradizo que al andar parecía troncharse cual las ramas del rosál, a impulsos del remusgo del amanecer.

EL PRESIDENTE.—Ruego al acusado que olvide que es suscriptor de «Lecturas» y que se exprese como los hombres de talento.

Yo.—Sí, señor presidente. Decía que ella era muy hermosa. No os contaré el principio de nuestro idilio. Bastará con que os declare que cuando yo la dije: «La amo a usted hasta la epilepsia fulminante», ella me respondió: «Y yo le adoro hasta que me enamore de otro.» (*Sensación*.)

La contestación me llegó hasta lo profundo del alma bohemia y allí mismo, en la oficina de cédulas, sellamos nuestro amor con un beso, cuyo chasquido derrumbó el barandado de la escalera.

¡Extraña cosa! Los Hados habían dispuesto, en su inescrutable mundo, que aquel amor, que comenzaba sobre unos escalones, concluyese sobre unos escalones también... ¿Qué queréis? ¡Misterios de la numismática! (*Rumores de sorpresa*.)

Canéfora y yo fuimos muy felices. Me extasiaba su ingenio, tan peregrino que no le faltaba más que un bordón y varias conchas; y su figura sutil (o sútil, como dice un camello cuyo nombre no hace al caso) también me extasiaba. ¿Quién iba a sospechar la proximidad de la tragedia, si nuestra vida se des-

lizaba cual un trineo entre la contemplación extática y la idiotez ebúrnea?

Pero la tragedia sobrevino. ¡Ay, sí! Era una tarde de junio. Hacía calor; se oía el alocado trinar de los pájaros y los dulces pregones de las vendedoras de chufas. Canéfora y yo regresábamos a nuestro domicilio, con el corazón lleno de efluvios amorosos y el cerebro repleto de melodías de Jacinto Guerrero.

Entramos en el portal y al pie de la escalera, Canéfora me mayó cariñosamente:

—Súbeme en brazos, Rosquito... (Rosquito es el nombre que ella me daba en la intimidad.)

Accedí contentísimo.

—Te subiré cual pluma—murmuré. Y la cogí en brazos y en dos saltos gané el primer descansillo. Para llegar al segundo ya invertí tres; el tercero lo alcancé subiendo los escalones normalmente. Al comenzar el cuarto, noté unos extraños pinchazos en los riñones y en la espalda. En el quinto descansillo empecé a andar; en el sexto tropecé la primera vez, me dí un tras-tazo en la espinilla derecha y tuve la certeza de que me fatigaba.

Entretanto, Canéfora reía y agitaba sus pantorrillas como había visto hacer a Mary Pickford en casos parecidos. Los descansillos séptimo y octavo los coroné con un anhelo desesperado. Tuve la seguridad de que me habían cambiado mis piernas por otras de migas de pan forradas de cretona. Miré el piso en que nos hallábamos: era el principal, y nuestra habitación estaba situada en el tercero C. Faltaban justamente ocho pisos y medio; es decir, quedaban por subir doscientos treinta y dos escalones. (*Murmillos de angustia*.)

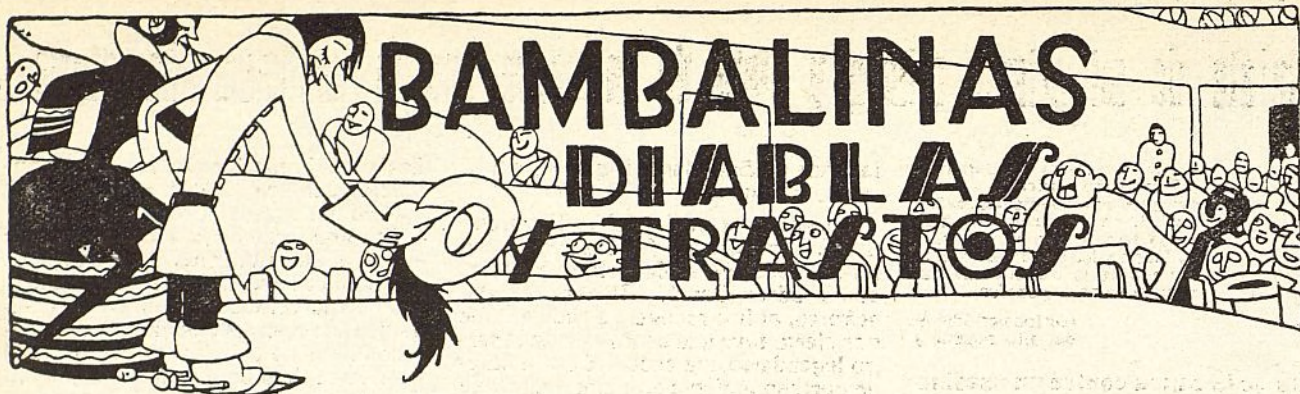
Desfallecí, pero con una energía desesperada me arrastré con Canéfora en brazos hasta el primero B. Ya llevaba a mi amada debajo del sobaco, como si fuera un paquete de lechugas y ella seguía riendo y agitando sus piernas, sin ver mis apuros.

Subí siete escalones más, pensando en don Pelayo, en Guillermo Tell, en Gonzalo de Córdova y en otros héroes mundiales. Pero mis pies ya no me sostenían. Entonces Canéfora me dijo: —¡Anda, sube corriendo como antes!

La miré, la tiré al suelo y la clavé de un golpe mi estilográfica. Así ocurrió la cosa. (*Llantos*.)

El fallo del tribunal fué absolutorio.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Autocrítica, autoexpansión y otros autos.

Nuestro inseparable amigo Abril estará en vísperas de estreno cuando se publiquen estas líneas. No queremos ocultarlo. ¿Para qué? Nosotros asumimos la responsabilidad de nuestros actos. No queremos rehuir el bulto; el bulto que nos va a salir en la cabeza si asomamos la misma por la embocadura el día del estreno. No la hagamos y no la temas. ¿La hemos hecho? Nos está pareciendo que sí, que ¡la hemos hecho! ¡que la hemos hecho buena! A lo hecho, pecho, pues; nosotros daremos el pecho y si el nuestro no fuera bastante, buscaríamos el de cualquier amiga opulenta. Nada escatimaremos. Nada esquivaremos. Nada ocultaremos. Vivimos en una casa de cristal; toda sin cristales, pero de cristal. «Luz y taquígrafos». Taquígrafos, tenemos; luz, nos falta. ¡Venga luz! y ¡miren! y ¡sepan! Nada de disimulos: nuestro inseparable amigo Abril va a estrenar en *El Alkazar*.

Ese vago clamor que resga el viento

no es la voz funeral de una campana; es el pateo, mis queridos hermanos. Es el himno—sentimos calificarlo de «pedestre»—con que el respetable acoge la obra de nuestro amigo inseparable.

—«Pero ¿qué has hecho, Manolo? ¿Tú sabes lo que has hecho?»...

Como saber, lo sé... Creo saberlo... A falta de auto mejor he tenido el gusto de ofrecerme una autocrítica...

La farsa *Pero ¡si yo soy mi hermano!*, que se ha de estrenar en el Alkazar, en el beneficio de Juan Bonafé, es un pequeño drama de corazón, un si es o no es ridículo,—como suelen ser o pueden ser los amores de la vida vistos desde fuera— y tratado a la manera pirandelliana, en parte para satirizar humorísticamente los trucos del tan célebre ya Luis Pirandello, en parte para aprovechar las ventajas indiscutibles que ha traído a la técnica de la escena el dramaturgo siciliano, en lo



Damos a los lectores estos dos retratos de Cándida Suárez para que no duden ustedes que puede existir y existe, efectivamente, —voilà— una mujer Cándida, completamente Cándida, y bella, completamente bella.



¡Chitón!... Nos manda callar Cándida Suárez... Bueno, bueno; callaremos; pero hágase usted cargo y comprenda que al que más y al que menos se le ocurre al verla tan guapa una atrocidad, una atrocidad de cosas.

que concierne a la personificación de entidades ideales, y a la exteriorización dramática de los conflictos internos.

Se trata de dos hermanos, Pedro y Juan, que han querido, allá en su juventud, a una misma mujer... El uno, Pedro, por quererla mejor, pero por lo mismo más tímidamente, calló su amor y dejó que su hermano, Juan, más ligero en todo—en sentimiento y en amor—se adelantara y se casara con la joven sin sospechar siquiera lo que le ocurría al hermano.

Juan muere, y una vez muerto Juan, Pedro considera que, al fin, puede aspirar al amor de la dama... El amor va a llegarle ya con veinte años de retraso,—cuando la dama, que era antaño esbelta y soñadora, dama joven en la comedia de la vida, es hoy... característica; va a llegarle el amor cuando tendrá ya que luchar con el recuerdo del otro y de los años vividos, etcétera.—Pero el amor es el amor; la verdad la verdad... y la verdad, del amor en este caso está—por las razones que verán los que vean la obra—en las nupcias segundas... nupcias una mijita grotescas por fuera, pero por dentro... ¡oh, por dentro! tan fervientemente amorosas como si el galán tuviera veinte años menos y la dama veinte centímetros menos de cintura.

Esta es la cosa... y en cuanto a la manera, ya se ha dicho: pirandelliana. El subconsciente del enamorado segundo emplea, para vencer su timidez y para sortear en el corazón de la dama el recuerdo del muerto, ciertos subterfugios y rodeos de marcado y obligado sabor pirandelliano.

Según Schopenhauer, cuando un autor quiera apoderarse de la fortuna de su pupilo no tiene más que enseñarle la filosofía de Hegel y el pupilo se queda, por virtud, de esta enseñanza, en situación mental de creerse lo que al tutor se le antoje. Los tiempos han cambiado y ahora nos parece mejor para el caso—o para cualquier otro caso análogo—el procedimiento pirandelliano. El subconsciente de Pedro opina igual y lo pone en práctica en la obra.

Cualquiera creará después de haber leído todo esto que nuestro compañero ha hecho algo; pero no se fíen. A los autores si les dejan hablar no les ahorcan; pero cuando tocan a escribir y a callar, entonces viene la rebaja... Todos son Académicos de la Lengua, pero ¿de la pluma?... ¡Desplumados casi todos!

Por eso decimos: que, con todo y,

después de todo lo dicho, llega el estreno, la gente sale por pies, dice lo de «pies ¿para qué os quiero?» y deja el *parquet* del teatro de tanto dar con los tacones que... ¡*parquet*! les vamos a contar a ustedes!

Nosotros, la verdad, sentiríamos que ocurriera semejante cosa; desde luego. No deseamos escuchar—¿para qué vamos a decir otra cosa?—el concierto de ruidos varios que puede producirse la noche del estreno. Es un concierto en do bemol—o más bien en *dos bemoles*—que comienza con un rumor sordo, de sorpresa, que continúa con una insinuación de oleaje impaciente y amenazador. Después, de aquel fondo sombrío surge súbita la carcajada chungona, trompeta que anuncia el tema, y el tema con variaciones se repite y se repite después en tono mayor, cada vez mayor, por los diversos instrumentos de la orquesta, mientras alternan, jugueteando, en pizzicato, las cuchulietas a costa de la obra, unas debidas a los profesionales de los estrenos que cumplen con su deber de especialistas, otras debidas a espontáneos que quieren también participar de la juerga y que, al ver, que sus «golpes» han hecho reír a una vecina de butacas, guapa ella, insisten en los golpes a ver si por un casual, paga la hebra con ella y con aquello de los chistes «hay combinación»... Todo ese complejo sonoro que culmina en el concertante en crescendo, en el *fortíssimo con moto*—atropellador, por lo tanto—que suele conocerse vulgarmente con el nombre de «meneo»; todo eso—decimos—lo lamentaremos grandemente. Pero, con todo... Lo peor es lo de luego... ¿Cómo presentarnos ante nuestro sereno, por ejemplo? «¿Qué tal, qué tal, señorito?»... —nos dirá el sereno. «Pues, nada que me la han... Creo que me la han... Yo no sé bien, pero ya se sabe lo que pasa... se dividen las opiniones y ¡ya está! unos se meten con mi padre y otros... Bueno, etcétera» «Es que el público de hoy está muy atrasado», me dirá mi sereno, paternal... Pero será inútil todo: yo sé que en lo sucesivo no correrá ya para abrirme la puerta con tan solícita actividad como antes... Y el zapatero, y el sastre, y el camarero, y los ordenanzas del casino, guiarán el ojo cuando pase nuestro compañero y dirán: «Creo que fué menuda»... «Como que no hay, señor, no hay autores... Este chico creían algunos que traía cosas dentro... Si hubiera sido listo, no habría estrenado nun-

ca y todos hubiéramos seguido creyendo que era una esperanza del teatro... Pero ha tenido la imprudencia de estrenar y ¡claro! se ha visto lo que tenía dentro: serrín... Como todos éstos... Serrín..., Serrín..., ¡Pa el gato!

En esas está nuestro compañero, lectores. Si quedara con vida seguirá como hasta ahora a disposición de los lectores. Si le hacen migas quedará a disposición solamente de las lectoras; una vez hecho migas sólo quedará aprovechable para que se lo coman, ya con chocolate, ya con longaniza; y de comérselo alguien prefiera nuestro amigo que sean las lectoras.

(Nota). De todos modos y por mala que sea la obra de nuestro compañero habrá dado motivo, sin embargo, y BUEN HUMOR aparte, a dos obras buenas que queremos consignar y agradecer: la Buena Fe de Bonafé, que acogió la obra con tan fidelísimo entusiasmo y la generosidad de Pedro Muñoz Seca que retiró una obra suya que se iba a reprisar en el beneficio del primer actor de El Alcázar para que así pudiera estrenarse la obra de Manuel Abril, nuestro amigo. Nosotros, con estas dos obras, nos damos por contentos.

El Mirlo blanco.

En casa de los Sres. de Baroja abrió sus alas de nuevo *El Mirlo blanco*, teatro en donde, como ya saben los lectores, se van ofreciendo muestras breves de lo que pudiera ser el teatro si fuera lo que debe.

El Mirlo va siendo cada vez más y más blanco; parece enteramente que se lava con jabón de... (qué ocasión para haber cobrado aquí un anuncio... No somos nada prácticos, pero ¡todo llegará! ¡todo llegará!)

Se estrenó una obra en dos actos de Claudio de la Torre, *El viajero*, obra que lograría un éxito grande y justo en cualquier teatro «de veras»; se estrenó un acto breve de Edgar Newille, *Adán y Eva*, que podría ser incorporado al repertorio de nuestros mejores entremeses y se estrenó por último un paso de Guíñol de Carmen Baroja de Caro, desenvuelto, jovial y ejemplar en el caracterizado. Los ejecutantes, progresando, especialmente el Sr. Pittaluga que se reveló como un galán considerable.

MANUEL ABRIL





DEL BUEN HUMOR AJENO



POR TELÉFONO

POR WILLIAM PERRINS

Mr. Brown de vuelta de un viaje de boda vovió a reanudar sus ocupaciones de negociante, pero como estuviera obligado a vivir alejado de su esposa durante largas horas de oficina, hizo instalar un teléfono en su casa. De este modo, le era posible en los momentos de descanso, cambiar unas dulces palabras con su esposo. Pero, ¡ay!, que todo pasa y todo cansa, hasta la luna de miel. . .

Mr. Brown acabó por pensar que su cara mitad le interrumpía en su trabajo con demasiada frecuencia y para evitarse la molestia de acudir al aparato, encargó a su antiguo empleado Davidson, cuya voz por teléfono se parecía mucho a la suya, que le sustituyera en el teléfono. Davidson realizaba a maravilla esta delicada función.

Todo iba bien cuando un día, Brown por haber terminado su trabajo antes volvió a su casa más temprano que de costumbre.

Al entrar en el recibimiento oyó que alguien hablaba por teléfono. A sus oídos llegaron algunas frases dulces. ¡Diablo! exclamó, ¡no me acordaba de esto! Decidió irse de nuevo a dar una vuelta y volver más tarde. Pero al penetrar en el gabinete a coger un periódico para leer por el camino, se quedó estupefacto al ver en un sillón a su mujer ojeando una novela. Al teléfono estaba la criada diciéndose ternzas con Davidson. La Sra. Brown había tenido la misma idea que su marido. Los dos esposos se miraron un instante y de pronto rompieron a reír.

No hay para qué decir que creyeron inútil seguir teniendo el teléfono.

G. P.

QUISICOSAS

POR W. PERRIN'S

Las tres virtudes de la mujer

He aquí lo que ha dicho respecto a la mujer un gran escritor inglés, con el «humor» que caracteriza a los filósofos británicos:

Hay tres cosas a las cuales debe parecerse una mujer buena y otras tres con las que no debe guardar semejanza. Debe parecerse primero al caracol que nunca abandona su casa, pero no debe como este animal ponerse encima todo lo que posee. En segundo lugar, debe parecerse al eco que no habla más que cuando se le interroga, pero no debe, como aquel, decir siempre la última palabra. Finalmente, debe ser como el reloj de la ciudad, de una regularidad y una exactitud perfectas, pero no debe, a semejanza de aquél, hacer demasiado ruido para que la oigan en toda la villa.

La moneda de oro

No hace mucho tiempo, un caballero que llamaremos, si a ustedes les parece, Hixe, se hallaba haciendo compras en un almacén. De pronto advirtió sobre el suelo una moneda de oro. Dejó caer como al descuido sus guantes, para recogerla; pero al levantarse vió, para su pena, que la moneda seguía en el suelo. Hixe entonces dejó caer su pañuelo, miró furtivamente alrededor, se inclinó y recogió el lienzo. La moneda no venía en él.

Colérico dejó caer su sombrero y en el mismo instante alguien le tocó en el hombro; Hixe se volvió furioso y vió delante de él a un empleado del alma-

cén que, con voz amable, le murmuró al oído:

—Permítame, señor, que le recomiendo la cola «pegatodo» de la casa, que no tiene rival, como ha podido usted comprobar.

Hixe, avergonzado, tuvo que comprar un frasco que le costó, naturalmente, el doble de su valor.

El médico que descubría las enfermedades por el olfato

La auscultación ya no sirve para nada. Los demás medios empleados para establecer el diagnóstico han pasado a la historia. Cierta médico americano ¡cómo no! no necesita para descubrir la enfermedad, más que oler al paciente.

Parece ser que este maravilloso doctor T. Achon posee un olfato de una sutileza inverosímil. Oliendo a los enfermos averigua en el acto cuál es la causa de su mal y los trata en consecuencia. Cobra muy caro, debido a la originalidad del procedimiento, y por cobrar caro su consulta está siempre llena de gente.

En suma, es un hombre que tiene una fortuna en la nariz. Sólo pierde su virtud cuando está acatarrado, y entonces comete errores que, como es lógico, paga el cliente.





Donde las dan las toman... o las justas represalias.

(De The Humorist, Londres.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Dos individuos van a batirse a sable, y los padrinos les hacen quitar las levitas.

—¡Alto!—dice uno de los contendientes.—No me es posible desabrigarme.

—¿Cómo! ¿Tiene usted miedo?

—No, señor. Lo que yo tengo es tanta sangre fría que necesito mi levita para no helarme.

Miss Eva Hill.—Madrid.

chaqueta que no la doy por ese precio.

Viéndose sorprendido el pilluelo, soltó la prenda dejándola en el mostrador, y contestó gallardamente:

—Pues ahí queda, no doy por ella ni un céntimo más.

F. R. J. L.

—¿Quiénes son los hombres más guapos del mundo?

—Los dentistas, porque todas las mujeres les miran y se las cae la baba.

Celape.—Madrid.

El tabernero arguye: —¿Y me va usted a dejar el Domingo sin Misa?

Peter-Alonso.—Madrid.

D'álogo cogido al vuelo.

—Soy el hombre más desgraciado de este mundo; estoy desde hace tres días en la orilla del río con la caña en la mano y ni uno pica.

—Más soy yo; desesperado por no encontrar trabajo, me pongo a vender guindillas y resulta que tampoco «pican».

Manuel B'as «Maera»

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

En un café, de bastante buen aspecto, hace irrupción un *punto* que despierta las sospechas del camarero, que cumplidor del deber profesional, se acerca y pregunta solícito:

—¿Qué va a tomar el señor?

Este de muy mal talante.—Le diré; en cuanto me pierda de vista la pareja, el relicj de aquel señor gordo.

José Luis Almunia.—Valencia.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agustín Figueroa 8

Un obrero pinta el letrero de una muestra de una tienda de vinos llamada «Casa de Domingo Misa».

El operario advierte al dueño que tendrá que suprimir algo del rótulo por no caber todo y le dejará reducido a «Casa de Domingo».

EMBROCACIÓN HÉRCULES que es un LINIMENTO

Blanco suave. Blanquea la piel.

Cura golpes, contusiones, forcaduras, etc. etc. y es preferido por todos los deportistas

Venta E. Durán.—Galoso. Borrell, en Madrid.

Juan Martín, Madrid-Barcelona

Bilbao-Murcia Centro Farmacéutico

Valencia. Sevilla. José Martín Galán.

Autor: G. Fernández de Mata. La Bañeza. (León).

Dos individuos son conducidos a la comisaría por pelearse en la vía pública y los presentan ante el juez el cual le pregunta a uno de ellos el motivo de la pelea.

—Mire usted, señor juez, este individuo, no contento con insultarme también me ha agredido con una cacerola, en la cabeza.

El juez.—Preténteme usted las lesiones producidas.

El individuo.—A mí no me ha hecho nada, señor juez, pero si viera usted como ha quedado la cacerola...

Merceditas L. Medrano. Madrid.

—En qué se parece un conde ladrón a una urraca?

—En que el conde roba y es conde y la urraca roba y esconde también.

Luz Bella.

—¿Qué tela es la peor y aun regalándola no la quieren?

—La tela-raña.

Augusto.—Valencia.

En una juerga.

El cantaor.

Le tiré un tiro a una liebre con tan mala puntería que le he «partido» una pata al perro que más quería.

Un juerguista.

Qué lástima que en vez de haberle «pegado» al perro no hubiera «sallado» el tiro por la culata.

Rafael de 'as Peñas.—Málaga.

Reclamación de herencia.

—¿Qué me da usted aquí?

—Cinuenta duros.

—No me conformo. Lea usted esta cláusula del testamento:

«Lego cien duros al criado que a la hora de mi muerte me cierre los ojos».

—Tiene usted que darme cincuenta duros más.

—Pero mi tío se quedó tuerto después de hacer el testamento y no pudiste cerrarle más que uno.

Herminio López.

Ir por lana...

Un pollo jactancioso trata de asombrar a sus amigos con su frescura, y les dice:

—¿Véis aquel tío? Pues vais a ver cómo me guaseo públicamente de él.

Y acto seguido se dirige sin vacilar hacia el *pariente* y le dice en voz alta:

—Caballero, su cara no me es desconocida. Yo le he visto a usted muchas veces, pero no recuerdo dónde.

—Es posible, señor. Acabo de salir de la cárcel.

Plus Ultra Franco.

Un comerciante vió desde la trastienda que un muchacho se llevaba una prenda de su ropería y le gritó:

—¡Eh, marchante! Deja ahí esa

En una Facultad de Medicina.
—El profesor.—Dígame usted una enfermedad mortal.
El alumno.—La hemorragia nasal...
—El profesor (asombrado).—¿Qué barbaridad; esa es fácil de contener!
El alumno.—Sí, pero si no se la contiene...

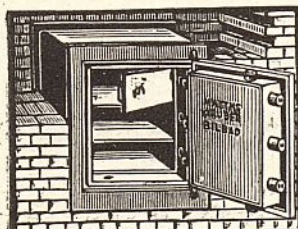
Aramis.—Toledo.

—Hay que purgarte, Rufino.
—No quiero purgarme abuela porque me da asco el ricino, trae jarabe de ciruela.
«Pruni» que es de lo más fino.

En un teatro.

—Acomodador, haga el favor de indicar a aquel caballero que la butaca que ocupa no es la suya y, por consiguiente, que se vaya a la que le corresponde!
—Imposible, señor. Es un funcionario del Estado.
—¿Y a mí qué me importa eso?...
—¿Pero no sabe usted que los funcionarios son inamovibles?

Franco Herrera.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos.

Pedid catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

Al encargarse un coronel del mando de su regimiento, dirigió una arenga a los soldados, diciéndoles que acudiesen a él para todo cuanto necesitasen, y viesen en él no un superior, ni un jefe, sino un padre.

Y encarándose con un soldado bobalicon y simple, preguntóle:

—¿Te has enterado de cuanto he dicho?

—Sí, papá.

L. Meco.

INDRA PERLA

La más acreditada en todo el mundo por ser la de mejor calidad.

Collares, Sautoires y perlas montadas en toda clase de joyas con brillantes y rosas de primera calidad.

Se compran alhajas pagando altos precios.
No vender sin consultar esta casa.

PUERTA DEL SOL, 11 Y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

—Vengo del Giro Mútuo y no he podido cobrar una letra, por estar loca, según me han dicho.
—¿Cómo loca?
—A ver. Me la han devuelto diciéndome que no me la podían pagar porque le falta el conocimiento.
Santiago Santacrea.—Madrid.

—¡Ah, en eso no se fije usted, porque el huevo era de aquí!

Bonifacia.

Ventas con Peña Aguilera.

En la escuela.

—Aquí le traigo a mi hijo que quiere ser abogado.
El maestro.—Pero este niño es mudo.
—Sí, señor, pero no lo parece, porque no se le conoce más que cuando habla.

[Katinka.—Sevilla.

El buen Alcalde hoy prescribe, si no es en su oficio lego limpiar con Licor del Polo hasta las bocas de riego.

—¿En qué se parece un hierro al rojo a las solteras que pasan de los treinta?

—En que el hierro produce quemaduras y las mujeres solteras que pasan de los treinta qué madurás están.

M. V. F.—Santiago.

A una señora se le pierde una gallina y va a buscarla al corral de la casa inmediata.

—¡Vengo, doña Petra, porque se me ha extraviado una gallina y quería ver si estaba aquí!

—¡Qué! no, señora; si hubiera entrado en este corral estaría picándose con las otras!

Salió un velero del puerto de Gijón, y cuando ya estaba a cierta distancia preguntó desde tierra un amigo al patrón del barco:

—¿A dónde vas, chacho?

El patrón, para evitarse la molestia de dar voces, señaló al cielo con el dedo índice, pero el amigo no entendió lo que quería decir e insistió en preguntarle a dónde iba.

Volvió el patrón a poner el dedo hacia arriba y de repente el amigo lo comprendió todo, adviniendo el puerto de destino. ¡Su amigo iba a Riba-deo!...

Pillín.—Gijón.

CUPÓN

correspondiente al núm. 229

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes y como colaboración espontánea.



—Y diga. ¿Es este su primer viaje por mar?

—No... señor... el... último...

(De Life, Nueva York.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



DE BIEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

E. V. R. San Sebastián.—¡Qué lástima que sea usted tan imbécil, con lo guapísimo que es usted si no miente el retrato que nos ha remitido!

C. T. S. Escorial.—Con entera y sincerísima franqueza le comunicamos que *La brutalidad de Timoteo* es en efecto una brutalidad... ¡De Timoteo, de usted y de órdago a la grande!

F. M. G. Belgrado.
Lejos estás, ¡vive Dios!,
pero si cerca te hallases
puede que no te librases
de un cogotazo (o de dos).
De todas maneras, estimamos
mucho más conveniente para nuestros
intereses el que continúes
en Servia hasta que nosotros digamos
¡basta!, que va para un rato...

Ché. Alicante.
¡No nos de usted ya más latas,
mi querido compañero,
y venda usted alpargatas
que produce más dinero!
Y menos dolor de cabeza... a nosotros.

S. L. M. Madrid.—¿Y a qué viene ese empeño en hablar tan malisimamente de los veterinarios? ... Por supuesto, creemos adivinarlo: ¡ha pasado usted una enfermedad grave, y le han asistido de un modo deficiente y descuidado!... ¿A que es eso lo que ha ocurrido?... ¡Pues claro, hombre; si tenemos una penetración que es una preciosidad!

E. R. V. Córdoba.
Ni la crónica nos gusta,
ni la crítica nos place,
ni el romance nos conmueve,
ni el soneto nos complace,
ni el dibujo nos resulta,
ni el monólogo nos hace...
Y en resumen: que, por tanto,
en *Cestona* todo yace...
Son muchos muertos, ¡la verdad!,
pero qué lo vamos a hacer. Acom-



—Le compré a usted una docena de manzanas y no me ha mandado usted más que diez...

—Es que la he quitado las que estaban malas.

(De *London Mail*, Londres.)

pañarle a usted en su hondo dolor y rogarle de paso que, si no piensa usted escribir un poco mejor, deje de escribir... que eso sí que sería lo mejor. ¡Mucho mejor que escribir un poco mejor, qué duda cabe!

Cao-Cao.—¿De manera que si volvemos a insultarle a usted en esta sección zaragatera, le tendremos que dar una satisfacción?

Está bien... ¡No siendo la de publicar sus estupideces, que sería una satisfacción demasiado grande, le daremos, de las otras, todas las que desee! ¡Aquí somos muy amables con los colaboradores desgraciados; y, como usted es de lo más desventuradísimo que ha caído en esta casa, quiere decirse que con usted llevaremos nuestra amabilidad incluso hasta la caricia en la barbilla...

Z. Y. Zaragoza.—Modestamente reconoce usted que su poesía no es una cosa óctima... Y tiene usted razón: ¡es una cosa péxima!...

Antonetti. Madrid.—Sí, señor. A los caballos muertos está bien ponerles una arpillera... Y si a esa arpillera le ponemos una hache, en-

cantados todos... El caballo muerto, la harpillera, nosotros, y suponemos que usted también.

Sanofa. Valencia.

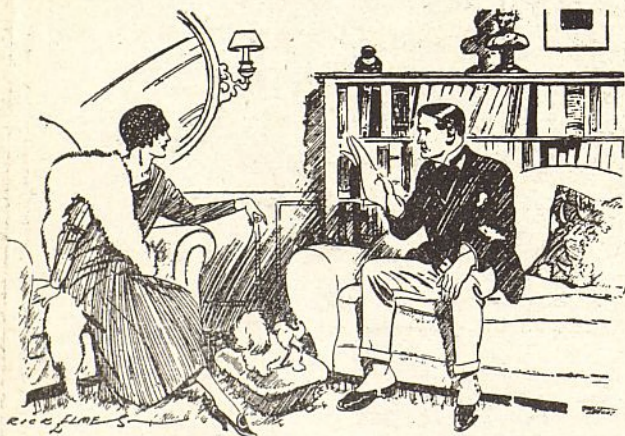
¿Por qué titulas *La chufa* a tu artículo, Sanofa?
¡Da igual decir *La alcachofa* o llamarle *La cotufa*!...
¡De todos modos es incontestable, admirado compañero!

M. N. CH. Madrid.

La purga es algo cochina...
Y además no es procedente que le haga efecto a Balbina y no se lo haga a Vicente...
Por supuesto, a nosotros tampoco nos ha hecho efecto ninguno, como usted acaba de comprobar...

Cowes. Madrid.—¿Que qué le vamos a dar a usted, por el trabajo que nos envía?... ¡Póngase a nuestro alcance y lo verá inmediatamente!...

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.
MADRID



LA ACTRIZ.—En el papel que me da usted en su nueva obra, ¿tendré la suerte de agradar a mi querido público?

EL AUTOR.—Seguramente, porque se muere usted en el primer acto.

(De *The Passing Show*.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR

DEL RÍO ¹⁰/₂₆



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

EL.—¿No sabes? He comprado un auto.

ELLA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué marca?

EL (distráido).—Noventa por hora.

Ayuntamiento de Madrid